



# CEPALI COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA PASTORAL LITÚRGICA

## MENSAJE DE NAVIDAD DEL 2020

Después de habernos preparado durante el tiempo del Adviento, estamos por celebrar las fiestas del Nacimiento de nuestro Salvador. Sin embargo, se corre el riesgo de reducir la importancia de estas fiestas, las más importantes de nuestro año solo después de las de la Pascua. Es posible que algunos lleguen a pensar que se trata “del cumpleaños de Jesús”; pero esto significaría reducir el sentido y valor de este acontecimiento de salvación de Dios por nosotros. En efecto, en la Iglesia nunca se celebra algo que le haya acontecido a Jesús; celebramos siempre los acontecimientos a través de los cuales Dios Padre por medio de Cristo, lleno del Espíritu Santo, realiza en favor nuestro el plan de salvación que tenía previsto desde el inicio de los tiempos.

Por una parte, pues, la Navidad celebra el inicio de nuestra redención. El objetivo de la fiesta navideña es la celebración del Misterio de la Redención, que tiene en la Pascua su punto culminante: solo si en verdad el Hijo de Dios se hizo ser humano como nosotros podemos estar seguros de que verdaderamente nos ha salvado con su muerte y resurrección, abriéndonos el camino hacia el Padre. Por eso, de cierta manera, la Navidad es la Pascua anticipada: Jesús nace para mostrarnos el grande amor de Dios que nos entrega a su Hijo único, y de este Hijo que nos muestra que no hay amor mayor que el dar la vida por sus amigos. Así, la Eucaristía, especialmente celebrada en este Tiempo, es memorial del Nacimiento del Señor, de su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión, hasta su vuelta al final de los tiempos; se trata de la presencia viva de aquel que “por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo”, el mismo que “de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos”, que es el mismo que aseguró “yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”.

Por otra parte, la Navidad celebra la manifestación de la gloria de Dios que resplandece en Cristo. Se trata igualmente de un tema eminentemente Pascual: el esplendor de la gloria del Padre se refleja plenamente en Cristo Resucitado. La Encarnación redentora no solo es manifestación, sino también esta gloria que se ofrece a los creyentes; la liturgia de la Navidad subraya su presencia y actuación en el hoy de nuestra historia.

La Navidad celebra también las bodas del Hijo de Dios con la humanidad. Los Profetas prepararon y Juan Bautista anunció a Cristo Esposo de la humanidad y de la Iglesia; el mismo Jesús, más tarde, se definió a sí mismo como el “Esposo” (cf. Mc 2,19). Con este título nupcial, el Señor revela la realidad más profunda de su hacerse hombre: la gran alegría del amor del Esposo que se ofrece sin límites. La Iglesia, asimismo, es llamada Esposa de Cristo porque representa el término más íntimo de su amor salvífico, que san Pablo interpreta con imágenes del amor conyugal (cf. Ef 5, 25-33).

Igualmente, la Navidad es la fiesta de la “nueva creación”. Así como a través de la Palabra de Dios floreció la “primera creación”, por obra de la misma Palabra se da la “nueva creación”: el hombre asume la condición de hijo de Dios y se realiza en plenitud el plan que Dios tenía para el ser humano desde la creación del mundo.

Finalmente, la Navidad es memorial de la maternidad virginal de María, “Hija de Sion”. En María se realiza la promesa del nacimiento de un pueblo nuevo, del resto fiel, de quien Cristo es Cabeza y nosotros sus miembros. Por eso, María no solo es Madre de Cristo, sino también nuestra (cf. LG 53). La oración después de la comunión de la solemnidad de Santa María, Madre de Dios afirma que en ella veneramos a la “Madre de Cristo y de toda la Iglesia”.



# CEPALI COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA PASTORAL LITÚRGICA

Este tiempo de Navidad, vivido también en medio de las dificultades y adversidades que la emergencia sanitaria por COVID-19 y lo que esta ha conllevado, lejos de hacernos perder la alegría de celebrar estos días, es la ocasión muy especial para descubrir ese mismo plan de Dios que se sigue realizando en este hoy muy concreto que vivimos: el mismo Señor que nació mostrándonos el rostro misericordioso del Padre, es el mismo que hoy también “viene a nuestro encuentro en cada persona y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe”. De hecho, en medio de esta pandemia, Dios se nos está manifestando y nos está salvando: recordemos la labor del personal médico y de salud, el acompañamiento de sacerdotes y tantos miembros de la Iglesia no solo a enfermos, sino a cuantos se han visto afectados especialmente en este año, entre tantas otras que no acabaríamos de citar. Esta Navidad nos permite experimentar la nueva creación, que se hace realidad si nos dejamos transformar por el Señor en nuestro modo de vivir y utilizar los dones que pone a nuestra disposición; efectivamente podemos verdadera y radicalmente transformar nuestro mundo, y lo apreciamos cuando la vida resurgió en tantos lugares durante estos meses. Esta Navidad, como lo hemos celebrado hace poco en la fiesta de Santa María de Guadalupe, es también la grande ocasión para experimentar su amorosa intercesión que nos lleva a contemplar el plan de salvación que Dios está realizando hoy para nosotros, y se convierte también en la ocasión para que correspondamos con una vida renovada al don que nos ha hecho para ser sus hijos. Es, por lo tanto, la oportunidad para que no solo los pequeños, sino todos, redescubramos que el Señor llena de “regalos”, cada día, nuestra existencia: papá, mamá, hermano, hermana, hija, hijo, esposa, esposo, otras tantas personas, cosas, acontecimientos, cualidades, capacidades, oportunidades, situaciones...

Que las celebraciones de estas fiestas de la Natividad del Señor, especialmente en la sagrada Liturgia, “fuente y cumbre de la vida cristiana”, nos permitan experimentar la actualidad de esta obra tan grande el amor de Dios que se dona totalmente por nosotros.

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA PASTORAL LITÚRGICA